

no me voy a ir

EL SUEÑO SE REPITE como si mi cerebro fuera un bucle que nunca se deshace. Estoy tumbado en un lugar indeterminado, no sé dónde, cuándo ni por qué, sólo sé que me encuentro desnudo, desoladoramente desnudo. Hace mucho frío, mi piel no puede hacer frente a este hielo, a esta humedad, a esta temperatura polar. No hay nada que me cubra, no hay techo, ni manta ni posibilidad de buscarla: la oscuridad es tan profunda que, cuando abro los ojos, el mundo es negro, el mundo no es. La hipotermia está amenazando mi cuerpo; tiritó y los dientes me castañetean, pero no sé qué puedo hacer para evitar morir de frío. Me levanto, busco a tientas una pared, un objeto, una persona... Eso es: busco a una persona.

El sueño siempre es el mismo. Estoy desnudo, me duelen las orejas y las manos de tanto frío, no puedo articular palabra porque casi es imposible respirar y, sin embargo, no busco nada más que a una persona. Me engaño a mí mismo pensando que tal vez necesite algo con lo que cubrirme, leña para hacer un fuego, alguna bebida para calentarme. Pero es mentira, no busco nada de eso. Mis manos tantean el espacio vacío y no desean tocar nada frío, sólo esperan que me tope de golpe con una piel, con un cuerpo, con algo caliente. Me echo a llorar porque no hay ninguna piel cerca, porque todo es desolación y

frío, frío y desolación, el orden de los factores no altera el producto, y el producto es una soledad que casi puedo masticar, que está en el aire como un presagio.

El sueño sigue por el mismo camino una y otra vez. Vuelvo a tumbarme, cesa mi llanto. Nada y, sobre todo, nadie va a salvarme. Moriré en este lugar como mueren los que no tienen familia, ni amigos, ni perro que les ladre: solo y olvidado. Entonces recuerdo. Tengo una familia, tengo unos amigos, no tengo perro, pero eso es lo de menos. Tengo a alguien, lo sé, pero no viene a buscarme. Tal vez no sabe que estoy a punto de morir. Ya sé: se marcharon todos a una fiesta y se olvidaron de que aquí se quedó un hombre que, cuando vuelvan, estará muerto. La posibilidad de irme sin despedidas me arranca otra vez las lágrimas. Tantas personas, tantos cuerpos, tantas vidas que se cruzaron con la mía y que olvidaré cuando me echen varios metros cúbicos de tierra encima. Los olvidaré. No: ya los he olvidado. No puedo poner caras ni nombres, sólo son recuerdos borrosos que se diluyen en este frío inmenso que está acabando con mis últimas fuerzas.

El sueño es igual noche tras noche. Me cubro el rostro para enjugar mis lágrimas, las manos frías tocando las mejillas gélidas, todo tan frío que ya casi es irreal. Sólo entonces, cuando me ronda la idea de dormirme de nuevo para nunca más despertar, es cuando siento algo surcando mi espalda: un brazo. Mi piel se estremece al contacto de tal calidez. El vello se me eriza, la caricia se transforma en abrazo. La mano que atraviesa mi cuerpo va dejando una estela de calor humano, las partes que toca suben su temperatura, comienzan a desentumecerse, a vivir, a ser parte de mí de nuevo. No quiero mirar. Es igual quién sea, cómo sea, de dónde venga y qué quiere de mí. Sólo necesito que siga acariciándome, que siga amasando mi carne con su carne para apartar la catalepsia. No quiero saber nada de

él, me basta con sentirlo aquí, dándome la vida de nuevo, alejando con su abrazo infinito la guadaña de la muerte.

Descubro que él también está desnudo, y lo acaricio con la misma suavidad que él lo hace, cubriendo su piel del mismo calor natural que él me está infundiendo. Cuando nuestros pechos chocan, no hay frío que pueda intimidarnos. Estoy llorando de nuevo, porque entiendo que podría haber muerto, que era necesario que él estuviera cerca de mí para salvarme. Entonces oigo sus palabras, llegadas de otros sueños como la remembranza de un pasado lejano: «Creía que iba a morir de frío. Gracias al cielo que me has encontrado». Son las mismas que podría haber pronunciado yo. Pero las dice él, y su tono me recuerda a algo muy dulce, muy tibio, a una voz que no inquieta, sino que apacigua. Entonces comprendo. Y abro los ojos. Y ya no hay oscuridad, sino una tenue luminiscencia de origen indeterminado.

Es él. Abro los ojos, me acostumbro a la escasa luz, hago un esfuerzo por apartar la escarcha de mis pestañas y, cuando estoy preparado, lo veo. Es él. Mi corazón lo sabía desde el momento en que sentí su brazo apretando mi espalda. Pero ahora está claro: es él. Es un sueño, lo sé, pero me da igual. No quiero despertar, ni en este momento ni nunca, porque ahora entiendo que la única forma de que no muera de frío es que él venga a socorrerme. Y la única forma de que él no muera de frío es que yo vaya a calentarle. Es un sueño, lo sé, pero es él. No hay nada real en lo que veo, pero es él. Esto acabará por desvanecerse, pero mientras tanto es él quien está aquí, quien me sonrío desde su calor, quien me salva de morir congelado en un lugar al que no he decidido ir.

«¿Dónde estamos, Víctor?», pregunto, aunque sé que él tiene la misma información que yo. Se encoge de hombros y sonrío: «Recuerda lo que dijimos: da igual dónde estemos, lo

importante es que estemos juntos». Me doy cuenta de que no me importa ubicar el lugar ni el tiempo. Lo que me importa es que no deje de abrazarme, de calentarme, de empujarme a vivir. Lo que me importa no es el cómo, sino el qué. Y el qué es un amor que cercena los otros sentimientos. Que si no hay comida, ni bebida, ni abrigo, podré sobrevivir. Pero que si él no me abraza, sucumbiré. Miro sus ojos que me dicen tantas cosas y le aprieto fuerte contra mí. Se me escapa de los labios una frase que nunca debí decir, ni despierto ni soñando: «No te vayas». Una carcajada sale del pecho de Víctor, se exterioriza como una explosión y me hace sentir muy pequeño. Luego viene la respuesta, la misma devastadora respuesta de todas las noches, la respuesta que seguirá retumbando en mi cabeza para siempre, la respuesta que también me dio aquella primera noche: «José, no me voy a ir».

DESPIERTO COMO CADA NOCHE empapado en sudor. Despierto en mi cuarto, en mi cama, bajo mis mantas y sábanas. No puedo tener frío porque estoy muy abrigado, pero lo tengo. Un frío que se ha metido ya en los huesos. Inconscientemente, echo mano del otro lado de la cama, aprieto la carne que debería estar ahí, curándome la pesadilla, pero me topo con un vacío inmenso: no hay nadie a mi lado. Sé que no lo hay, pero un mecanismo automático me ha hecho pensar que tal vez el sueño lo haya traído de vuelta.

—¿Víctor? —susurro, con un hilo de voz, esperando que se haya levantado para fumar un cigarrillo y acuda solícito a mi llamada.

Pero el silencio es más grande que el frío.

—Víctor, ¿por qué no vienes aquí? —insisto, y me responde el mismo vacío.

Comienzo a llorar, primero llanamente, como una costumbre adquirida al despertar. Luego el sollozo se convierte en gemido y, el gemido, en grito. Y repito:

—¿Por qué no vienes a mi lado, Víctor, por qué?

Es ya una pregunta retórica, sé que nadie me contestará; sé que Víctor no está fumando un cigarrillo, sé que no hay nadie al otro lado de la cama, ni en el otro extremo de la casa. No hay nadie, ni Víctor ni nadie.

Recuerdo el sueño y me agarro a él como a un bote salvavidas. No sé qué más puedo encontrar a mi alrededor que me transporte hasta él. Me siento derrotado, engañado, roto por dentro, me siento humillado y destruido, estoy muerto, salvajemente podrido, tengo una costra en el corazón que levanto cada noche para que vuelva a sangrar, para que nunca termine de curarse. Me siento abatido, extenuado, basta ya. No me siento.

Cierro los ojos con la esperanza de que esto también sea un sueño. Con la ilusión de que, cuando despierte, todo habrá terminado: no tendré frío, ni necesidad de nada, porque él estará abrazado a mí, durmiendo plácidamente mientras sueña en que tal vez me pierda algún día. Nos despertaremos a la vez y nos sentiremos muy cerca porque hemos tenido una pesadilla. Volveré a pedirle que no se vaya, y él se volverá a reír de mis miedos, de mis extravagancias, de mi forma de entender el amor: «No me voy a ir», me responderá.

Abro los ojos y creo que ahora sí, que me he despertado de verdad, y que él está aquí. Creo haber escuchado una voz que ha dicho: «José, ya voy». Espero que venga. Hasta que caigo en la cuenta de que esa voz la ha creado mi cerebro. Que tal vez no, que no es verdad, que sigue sin venir, que no vendrá.

—Víctor, dijiste que no te ibas a ir —digo en voz alta, a las paredes, a mis vecinos, al mundo que quiera escucharme. A mí

mismo—. Sí, ya sé, yo también dije cosas que nunca cumplí. Pero esto no es una petición, es una orden: ven otra vez, Víctor, ven otra vez. Y no te vayas. Es una orden.

El llanto me hace dormir más rápido. La habitación se diluye y siento que todo va a terminar antes o después. Que esta pesadilla encadenada tendrá un fin, y que no puede estar lejos. Pienso que Víctor no ha podido irse cuando prometió no hacerlo. Que no puede ser verdad que esté solo en esta cama cuando lo necesito tanto. Que si lo necesito tanto, alguien tiene que traérmelo de vuelta. Que si no puedo vivir sin él, es necesario que viva con él. Que vuelva, que no se vaya.

Los ojos se me cierran y duermo.

El sueño se repite como si mi cerebro fuera un bucle que nunca se deshace.